

# *Esther Hernández-Palacios*

## **Antonio Castro Leal: editor y crítico literario**

George Steiner, uno de los más sobresalientes críticos contemporáneos, opina que:

El crítico vive de segunda mano. Escribe acerca de. Ha de dársele el poema, la novela o el drama; la crítica existe gracias al genio de otros hombres.

En nuestro país y fuera de él ha habido también ese genio múltiple que escribe tanto obras de "creación" como de crítica y que, por lo tanto, parece contradecir esta definición —autocrítica— de Steiner. Tales son los casos de escritores de la talla de un Jorge Cuesta, un Xavier Villaurrutia o un Octavio Paz, quienes han compuesto magistrales obras creativas y sobresalientes textos críticos sobre nuestra literatura o sobre la Literatura. Mencionemos, por ejemplo los *Textos y pretextos*<sup>1</sup> de Xavier Villaurrutia o el *Cuadrivio*<sup>2</sup> de Octavio Paz. O, para situarnos más lejos —más atrás— en el tiempo, recordemos la obra fundacional de Ignacio Manuel Altamirano, la de Rafael Delgado, la de Manuel Gutiérrez Nájera, José Juan Tablada o Ramón López Velarde. Aunque es cierto que la mayor parte de ellos privilegia su obra creativa frente a la crítica que les parece menos importante, subsidiaria o necesaria para ganar el diario sustento. Así, por ejemplo, al referirse a la poesía de Tablada, López Velarde no sólo considera a la crítica (o más bien a quienes la practican) una actividad parasitaria, sino que los

---

<sup>1</sup> Xavier Villaurrutia, "Textos y pretextos." *Obras* (México: FCE, 1974) Col. Letras Mexicanas.

<sup>2</sup> Octavio Paz, *Cuadrivio* (México: Joaquín Mortiz, 1965) Serie el Volador.

ridiculiza calificándolos de insensibles o, por lo menos, incapaces de llegar al meollo de la actividad literaria:

[...] donde Díaz Mirón es el puma y donde González Martínez es el búho, Tablada es el ave del paraíso. Como tal, induce a error a los que lo juzgan personaje de la frivolidad y de la moda. Porque la química de sus colores y el secreto de su dibujo se esconderán sin remedio a los hojalateros que, con sus pitos de agua, se asoman a la línea de fuego de la poesía.<sup>3</sup>

Muy cercano a estos juicios, el propio Tablada no separa, por lo menos en su etapa madura de escritor, su trabajo crítico, como cronista y estudioso del arte y la literatura, de su trabajo creativo, como podemos constatar en las siguientes líneas, escritas seguramente un día amargo en el que le pesaba el exilio:

Ahora bien, no considerando a la poesía a la manera diazmironiana como "tres heroísmos en conjunción: el heroísmo del pensamiento, el heroísmo del sentimiento y el heroísmo de la expresión", sino como modesta actividad del proletariado intelectual ¿qué quiere usted que sienta junto a la marcha triunfal del águila azul, el poeta longevo que tras de una jornada lírica de media centuria recibe de la lejana patria como jornal mínimo, una ráfaga de olvido?<sup>4</sup>

Tablada se considera en 1933 como un proletario intelectual que lo mismo escribe poesía que crítica, para ganarse el pan cotidiano, aunque también es cierto que años antes, en el prólogo a *El jarro de flores*, su segundo libro de poemas al estilo de los *hai-kais* japoneses, y refiriéndose a las lecturas de su antecedente, *Un día*, había hecho ya la distinción entre dos tipos de crítica, la de los que sí comprenden lo que leen (porque también son creadores) y la de quienes no comprenden, aquellos hojalateros que, como apuntara su amigo López Velarde, no hacen otra cosa más que el ridículo:

La crítica mexicana ejercida generosa y sutilmente por Enrique González Martínez, Genaro Estrada, Rafael López y Ramón López Velarde, no estableció el carácter de aquellos poemas. La otra crítica, la que juzga pero no comprende, lucubró, a mi intención, sobre poesía china y aun sobre epigramas alejandrinos...

<sup>3</sup> Ramón López Velarde, "José Juan Tablada." *Obras* (México: FCE, 1974) 507.

<sup>4</sup> José Juan Tablada, [Aventurilla fantástica]. "Nueva York de día y de noche" *El Universal*, 1o. oct. 1933: 3 y 7.

Ni siquiera el doble fulgor estelar de los claros nombres de Basho y Shiyo, inscritos en la dedicatoria, pudo alumbrar la espesa tinta en cuyo núcleo se agitan en vano los turnios calamares.<sup>5</sup>

Los hojalateros de los pitos de agua son ahora calamares, que mientras se ahogan o se rehogan en su tinta, miran a la poesía con ojos tan severos como torcidos, pero unos y otros son tan torpes como ridículos que no merecen otra cosa que la burla. Tablada, por lo menos, salva a algunos críticos, aquellos que son a la vez creadores y que, por lo tanto, sí saben y sí pueden entender la literatura. Según podemos deducir de la cita anterior, su concepción del trabajo creativo y el intelectual cambió con el paso de los años, adecuándose a las nuevas maneras de concebir la creación, el proceso creador y la producción intelectual y la inspiración.

En la actualidad hay todavía quienes piensan que sólo los creadores, poseedores exclusivos de la inspiración y depositarios de una sensibilidad superior, pueden entender cabalmente el arte literario, las nuevas teorías literarias han dejado atrás estas ideologías, presentando otras tan diversas como las teorías de la recepción o las que conciben a la obra literaria como una obra abierta en constante renovación. Desde estas nuevas perspectivas, el papel que le corresponde jugar al crítico literario resulta relevante y hasta fundamental. Antes y después, la obra crítica de Antonio Castro Leal es fundamental, en el sentido literal del término, dentro de nuestra historia literaria. Y digo antes, ya que Castro Leal también incursionó en la creación como narrador y como poeta, aunque no es por esta faceta de su rica personalidad por la que ha trascendido, sino por su trabajo como crítico, editor, intelectual y funcionario público. Sin embargo, sus obras de creación le permiten legitimar sus otros trabajos aun ante aquellas mentalidades cerradas que siguen manteniendo concepciones anacrónicas.

De la vasta labor de Castro Leal como intelectual, estudioso y promotor de la cultura mexicana, sólo me referiré a una de sus vertientes, que conjuntó tanto su trabajo crítico como su labor editorial y de rescate de valores literarios, me refiero a sus prólogos para la Colección Escritores Mexicanos de la Editorial Porrúa. Como director de esta colección no sólo fungió como editor, sino como investigador, filólogo, historiador y crítico literario. Editó cerca de una centena de volúmenes y prologó gran cantidad de ellos, construyendo las bases para la Historia de la Literatura Mexicana, particularmente del siglo XIX.

<sup>5</sup> José Juan Tablada, "Hokku." Pról. a *El jarro de flores (Disociaciones líricas)* (Nueva York: Escritores Sindicados, 1922).

La tarea que inició Castro Leal todavía no ha terminado, estamos apenas reconstruyendo el edificio de la literatura decimonónica,<sup>6</sup> y en esta tarea nos resultan fundamentales sus aportaciones. Cualquier Historia de la Novela Mexicana del XIX deberá tener en consideración los datos que se encuentran en sus prólogos, como en el de *La chiquilla* de Carlos González Peña, o en los de *Martín Garatuza y Monja, casada, virgen y mártir* de Vicente Riva Palacio y *Un hereje y un musulmán* de Pascual Almazán, que aportan valiosa información y juicios de valor sobre la novela histórica. O bien en los de *Angelina* de Rafael Delgado, de *La parcela* de López Portillo y Rojas y de *Ensalada de pollos y Baile y cochino* de José Tomás de Cuéllar, este último, de factura magnífica, podría ser usado como modelo de su género, ya que nos brinda tanto clave de la narrativa de Facundo, y elementos centrales para el estudio de la narrativa costumbrista, según podemos constatar en el siguiente fragmento:

Tenía el ojo fino y el Pulso fácil para trazar, con rasgos sintéticos pero elocuentes, la galería de personajes masculinos y femeninos más visibles y populares en la vida mexicana de su tiempo. Su visión —y aquí vuelve de nuevo a tener razón el título de *La linterna mágica*— es más bien estática y el origen de sus novelas podemos imaginarlo como el mecanismo que liga, lo mismo que en los aparatos anteriores a la creación del cine, las diversas "vistas fijas" en una primitiva coordinación de movimiento. Y es que al costumbrista, como al pintor de género, le suele bastar "el cuadro" en el que representa alguna "escena" que tiene valor y finalidad por sí misma.<sup>7</sup>

Preocupado por situar cada obra en su contexto, las acompaña con una nota biográfica y otra bibliográfica y además nos proporciona en el prólogo la información necesaria para ubicarla dentro de una tradición y una corriente y, por lo tanto, facilitar su recepción. Gracias a estos datos, además de contextualizar la obra que tenemos entre manos, sabemos de muchos nombres

<sup>6</sup> Sólo por dar algunos ejemplos podemos mencionar que están todavía sin reeditar y en la completa oscuridad obras importantes para la historia de la novela como las novelas de Rafael de Zayas y las de Nicolás Pizarro, y siguen en la penumbra los poemas de las mujeres decimonónicas, que nos servirían para situar a las muchas y excelentes poetisas contemporáneas dentro de una tradición. Aunque hay en la actualidad grandes avances en este sentido, pienso en la colección de textos decimonónicos que dirige desde la UNAM Vicente Quirarte, en la Colección Clásicos Mexicanos que dirige Manuel Sol en la Universidad Veracruzana y en el trabajo de rescate de las escritoras del XIX que se ha iniciado en el PIEM del Colegio de México.

<sup>7</sup> Antonio Castro Leal, pról. a José Tomás de Cuéllar, *Ensalada de pollos y Baile y cochino* (México: Porrúa, 1946) Col. de Escritores Mexicanos, IX.

de escritores y obras que se perdieron con el paso del tiempo, pero que permitieron la aparición de las que, sedimentadas, ingresaron al canon de nuestra literatura. Poseía una vasta cultura, o, más bien era un verdadero erudito, como podemos fácilmente constatar en el prólogo a *Los piratas del golfo* de Vicente Riva Palacio, en el de *Fray Toribio de Motolinía y otros estudios* de Fernando José Ramírez, o en el que acompaña a *Don Fray Juan de Zumárraga* de Joaquín García Icazbalceta. Hay que mencionar aquí, el cuidado que puso siempre en la edición de las obras, particularmente de esta última, que está cerca de ser una edición crítica, por considerarlo necesario ya que en ella se abordan temas tan delicados como la historicidad de las apariciones de la Virgen de Guadalupe en el cerro del Tepeyac. Consecuente con su formación erudita, Castro Leal no sólo se preocupaba por la historia de la literatura, sino por la historia nacional, ejemplo de ello son el prólogo a *Don fray Juan de Zumárraga*, el de las *Memorias* de fray Servando Teresa de Mier y, en menor grado, en el que antecede al *Diario de sucesos notables* de Antonio de Robles. Para la redacción de todos ellos, realizó un serio y exhaustivo trabajo de investigación. Más que prólogos, estos trabajos son verdaderos ensayos. Cito como ejemplo un fragmento del que escribió para las *Memorias* de Fray Servando:

Las memorias de Mier son uno de los libros más interesantes y entretenidos de la literatura mexicana de la época de la Independencia. Su vida —por sus variados y novelescos incidentes, por sus cambios de escenario y de fortuna— era digna de ser contada, y él poseía, para contarla, un estilo fácil y persuasivo, animado y conversable, además de un apasionado interés por el segundo término de la ecuación "el mundo y yo". [...] Su estrecha relación con el mundo hizo de su vida una veleta movida por los vientos huracanados que se levantaron en la Europa y la América de fines del siglo XVIII. Una vez lanzado por aquel sermón del 1794, su vida siguió una trayectoria, fatal como la órbita de un astro, y acabó por dibujar un símbolo del acontecer de aquellos tiempos.

En las líneas de ese símbolo está el perfil de los tiempos que vivió Mier. Su vida parece que se realiza sin seguir al pie de la letra sus intenciones; una fuerza misteriosa crea sus venturas y desventuras sin relación de causa a efecto, esa fuerza que el hombre que no se explica su suerte expresa al decirnos: "¿Qué quieres? ¡La vida!..." Y estudiando bien la vida de Mier nos damos cuenta de que las causas que le acarrearón tantas desgracias y recompensas tan honrosas son igualmente desproporcionadas en su pequeñez. Y es que su vida, aun en los casos en que él no lo quería, fue como un campo de las fuerzas que luchaban en esos momentos; fue exactamente, según la expresión de Heidegger, un estar-en-el-mundo, en ese mundo tan agitado de fines del siglo XVIII y principios del XIX. Y Mier, como sin sospechar lo que hacía, se puso en el cruce de las fuerzas que destruían un orden

y creaban otro: se detuvo inocentemente en la esquina por donde todo el mundo corría, y recibió, primero los empujones, y, después, las disculpas.<sup>8</sup>

En este prólogo vuelve a abordar el tema de la aparición de la Virgen de Guadalupe, que, según parece, le resultaba particularmente importante para nuestra historia, hecho que comprobarán muchos estudiosos y críticos de la cultura en fechas posteriores.

No sólo se interesó en la novela y la historia, también lo hizo por la poesía, ¿qué mejor ejemplo que su libro *La poesía mexicana moderna* y sus propias incursiones en el género? También en su labor de editor y prologuista podemos encontrar este interés, destacan entre sus prólogos de este tipo los que escribió para las *Poesías completas* de Luis G. Urbina y la poesía de Enrique González Martínez. En ellos da rienda suelta a su lirismo propio, a su facilidad para metaforizar y relaciona el arte literario con el musical y el plástico. Pero no por esto podemos hablar de la tan vilipendiada crítica "impresionista" que abusa sólo del adjetivo sin aclarar ni enriquecer a la obra; también en estos prólogos, Castro Leal busca ubicar al escritor y a la obra en la historia literaria y relacionarla con la historia nacional, para que pueda alcanzar su verdadera medida y pueda ser leída con el mayor provecho.

Reúne todos los requisitos que necesita un buen crítico de arte: una vasta cultura, un brillante manejo del lenguaje, una lectura atenta y sensible, una amplitud de miras que le permita completar la obra estudiada y ayudar al lector en el mismo trance de la lectura. El crítico debe ser el Cicerone, el Virgilio que guíe al lector por los vericuetos de la obra, para lo que requiere, además, un espíritu libre de prejuicios e ideas preconcebidas; es precisamente en este punto en el que hay que reconocerle un error. Muy seguro de sí mismo, no tiene temor en marcar defectos, aunque sus aseveraciones, a veces, nos parezcan exageradas o tajantes, así, por ejemplo, en el prólogo a *Simpatías y diferencias* de Alfonso Reyes, afirma:

En América no nos mueve tanto ese afán de comunicarnos con nuestros semejantes. A ese desinterés de comunicación se deben los rasgos más misteriosos de nuestra psicología y, entre otras muchas cosas, nuestra incapacidad para escribir y representar teatro, el predominio de ciertos géneros literarios personales y la

---

<sup>8</sup> Antonio Castro Leal, pról. a Fray Servando Teresa de Mier, *Memorias* (México: Porrúa, 1946) Col. de Escritores Mexicanos, IX-X.

tendencia a la literatura de cenáculo; por ese interés no hay en nuestra América profesional de las letras que no tenga cierto aire de *amateur*.<sup>9</sup>

Así como el tiempo ha confirmado muchas de sus intuiciones, ha echado por tierra también y de manera definitiva, algunos de sus prejuicios. Pero si falla en algunos de sus juicios que han perdido vigencia, también es cierto que algunos otros tienen hoy completa actualidad, tal es el caso de las afirmaciones que hace en su prólogo a *Recuerdos de la invasión norteamericana* de José María Roa Bárcena:

Debería de ser curso obligado en la educación de todo mexicano el estudio a fondo de la invasión norteamericana para adquirir conciencia plena y valiente de nuestros vicios y defectos, de nuestras fallas y limitaciones, de nuestros desmayos e incapacidades, de la desproporción entre lo que soñamos ser y la estatura que nos impone la realidad.<sup>10</sup>

Al publicar y prologar la literatura de la Colonia y del siglo pasado, no sólo realizó un cuidadoso trabajo de edición, sino que dio a cada quien un lugar dentro de un todo, porque nunca consideró una obra de manera aislada, sino que la sopesó tanto dentro del contexto nacional, como dentro del hispanoamericano, revalorando lo que, a su criterio, otros habían enjuiciado mal, dando a cada quien el lugar que a su juicio le correspondía, rescatando obras que —de no ser por él— se habrían perdido o habrían tenido que esperar otro medio siglo a un investigador que las limpiara del polvo y el olvido, con el consabido atraso que esto significaría en la formación de nuestra historia literaria y cultural.

A la obra crítica de Antonio Castro Leal podría aplicársele lo que él mismo dice de la novela *Los piratas del golfo* de Riva Palacio: “[...] está [escrita] con soltura y habilidad y entretiene y halaga la atención del lector”.<sup>11</sup> Estas, que podrían parecer dotes superfluas o hasta frívolas, resultan importantísimas en estos días en que la crítica académica cada vez más especializada, se aleja de la soltura y la habilidad y, lejos de halagar la atención del lec-

<sup>9</sup> Antonio Castro Leal, pról. a Alfonso Reyes, *Simpatías y diferencias* (México: Porrúa, 1945) Col. de Escritores Mexicanos.

<sup>10</sup> Antonio Castro Leal, pról. a José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848)* (México: Porrúa, 1947) Col. de Escritores Mexicanos, IX.

<sup>11</sup> Antonio Castro Leal, pról. a Vicente Riva Palacio, *Los piratas del golfo* (México: Porrúa, 1946) Col. de Escritores Mexicanos.

tor, se convierte en un rompecabezas sólo descifrable por otros especialistas. Esta sencillez no es sinónimo de falta de precisión, como si no quisiera meterse en difíciles cuestiones teóricas (porque no se debe hacer así en un prólogo), nos habla de estructura, trama, personajes, corrientes, géneros, relaciones entre escritura y oralidad, literatura e historia, literatura y sociedad, un maravilloso ejemplo de lo anterior lo encontramos en el estudio que prologa otra novela de José Tomás de Cuéllar: la *Historia de Chucho el niño*. Además se muestra como todo un conocedor —muy al día— del terreno en que se está moviendo, como vemos en el trabajo que antecede a *Un hereje y un musulmán* de Pascual Almazán:

La novela ha sido olvidada injustamente. Esta segunda edición aparece poco más de noventa años después de la primera. Las historias de la literatura mexicana de Julio Jiménez Rueda, Carlos González Peña y Francisco Monterde no mencionan la obra de Almazán. Y los tratados especiales como *The Mexican Historical Novel* (Nueva York, 1939) de J. Lloyd Read, la *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX* (México, 1953) de Ralph E. Warner y la *Breve historia de la novela mexicana* (México, 1959) de John S. Brushwood y José Rojas Garcidueñas, le dedican algunos elogios, aunque los comentarios y resúmenes que hacen estas dos últimas revelan una lectura incompleta o superficial.<sup>12</sup>

Cuando leemos la crítica abundante que actualmente existe sobre autores tan importantes en nuestra literatura como Payno, Delgado, o el mismo Cuéllar, nos encontramos con que sus pequeños prólogos resultan verdaderos tesoros que contienen, de manera sintética, las claves para la lectura y el estudio de estas obras y sus autores.

En el prólogo al *Diario de sucesos notables* de Antonio de Robles afirma:

Es la literatura de un país como una ciudad: sus monumentos principales son conocidos y admirados de todos. Alrededor de la Plaza Mayor se levantan la Catedral, el Palacio de Gobierno, el ayuntamiento y las mansiones de los primeros pobladores; conforme el viajero se aleja de este centro ve plazas más recogidas y construcciones menos importantes, hasta que, pasando parques y garitas, la ciudad va perdiéndose y se deja al fin vencer por el campo. En la literatura esos monumentos que todos conocen y admiran son las obras maestras de los grandes escritores y junto a ellas otras producciones forman el extenso dominio

<sup>12</sup> Antonio Castro Leal, pról. a Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán* (México: Porrúa, 1962) Col. de Escritores Mexicanos, VII.



de las letras que, mientras más nos alejamos de ese centro monumental, van disminuyendo en calidad estética y cediendo cada vez más terreno a los intereses prácticos que se sirven también de la palabra escrita.<sup>13</sup>

Podríamos extender su alegoría para referimos a la crítica literaria mexicana y entonces, para ser justos, deberemos situar su obra alrededor de la Plaza Mayor, entre los edificios más notables, lejos de los talleres donde los hojalateros empuñan sus pitos de agua y lejos también de las pescaderías donde preparan su tinta los turnios calamares.

### III-L. UNIVERSIDAD VERACRUZANA

---

<sup>13</sup> Antonio Castro Leal, pról. a Antonio de Robles, *Diario de sucesos notables (1665-1703)* (México: Porrúa, 1946) Col. de Escritores Mexicanos, VII.